SONETO

I

¡CON qué lijeros pasos vas corriendo!
¡Oh, cómo te me ausentas, tiempo vano!
¡Ay, de mi bien y de mi ser tirano!
¡Cómo tu altivo brazo voy siguiendo!

Detenerte pensé, pasaste huyendo,
seguíte y ausentástete liviano,
gastéte a tí en buscarte, ¡oh inhumano!
Mientras más te busqué, te fuí perdiendo.

Ya conozco tu furia, ya humillado,
de tu guadaña pueblo los despojos:
¡oh amargo desengaño no admitido!

Ciego viví y, al fin, desengañado,
hecho Argos de mi mal, con tristes ojos
huir te veo, y véote perdido.

SONETO

II

MIRA el amante, pálido y rendido,
a la inclemencia, Tisbe, de su hado,
el rostro en llanto por su amor bañado
y él en su sangre por su amor teñido.

Hiriose con la espada que había sido
ministra de su mal y su cuidado:
el golpe no sintió, que era acabado,
con el morir su amante, su sentido.

Cayó y buscó su sangre presurosa
la fría de su dueño, y ella herida,
los brazos de su amante querellosa.

Mostró su ser la muerte en tal caída,
pues fué juntar de un golpe, poserosa,
lo que el amor no pudo en una vida.